

2. La Iglesia católica en Cuba y los caminos de la liberación

SINITE

1. CUBA, O LA UTOPIÍA TRAICIONADA

Hace cuarenta años la revolución cubana fue la gran esperanza para América Latina y, en general, para los países del Tercer Mundo. Una revolución con rostro humano que, además, aparecía como inspirada en cierta medida en el Evangelio. Parecía inminente la liberación en cascada (efecto dominó) de aquellos que durante siglos habían sido condenados a vivir en el reverso de la historia: los sin tierra, los desposeídos de siempre, aquellos que habían sido despojados de su dignidad y de la palabra misma. La utopía de una liberación inminente fue reavivando las cenizas de la esperanza que desde siglos languidecía en el corazón de los más pobres.

Pero la historia sigue por otros mundos. Los líderes de la revolución cubana entre la ortodoxia marxista y el pueblo, optaron por la ortodoxia, a costa de cambiar de manos. Ya no fueron los Estados Unidos de América los dueños y señores de la isla, sino la Unión Soviética. Y la voz de la libertad del pueblo fue naufragando en las clásicas concentraciones multitudinarias de los regímenes comunistas. Cuarenta años de acoso y derribo de la libertad que han desembocado en la triste realidad de un pueblo empobrecido y desesperanzado. Y es que la situación que ha caracterizado el desarrollo de los últimos 40 años de evolución socioeconómica y cultural de Cuba se sintetiza en una palabra: totalitarismo.

Por eso, en los días previos a la visita del Papa a Cuba todo el mundo esperaba algo. La Iglesia, mayores espacios para realizar su misión; los

presos, la libertad; las amas de casa, que se les diera más comida; el pueblo, que se le resolvieran sus problemas. Pero también se sospechaba que esas enormes expectativas no serían satisfechas con la visita. Dos años y medio después, ¿en qué lugar nos encontramos?

Bastaría una mirada desapasionada y objetiva para descubrir que los problemas de Cuba, en los albores del tercer milenio, son de tal calibre que involucran decisiones internas y externas, personales y colectivas, de dentro y de fuera. Y el Papa supo descubrirlo, supo lanzar esa mirada; luego, sintetizó la situación en esta doble apertura: «Que Cuba se abra al mundo y que el mundo se abra a Cuba». Otra idea motor del Santo Padre fue la de que los cubanos debían ser los protagonistas de su propia historia. Esta exhortación al protagonismo de la gente encierra una doble crítica: por una parte, al paternalismo que hace esperar todo «desde arriba»; por otra, al inmovilismo que lleva a esperar soluciones «desde fuera», a cruzarnos de brazos para que sean otros los «que nos saquen las castañas del fuego». De forma muy clara dijo el Papa a los cubanos que la solución vendrá desde dentro y desde adentro: de nuestro pueblo y del corazón de nuestra gente, o no será solución.

Hace dos años y medio, el camino que la Iglesia ofrecía por medio del Pontífice, se basaba en la apertura extrema e interna, en el inicio de un diálogo nacional, en un llamamiento a la responsabilidad personal, en el respeto al principio de subsidiaridad, en la búsqueda del bien común desde la fórmula martiana del «con todos para el bien de todos». A esta propuesta, el Estado-Partido ha respondido recrudesciendo los debilitados y desfasados mecanismos totalitarios de control, generadores de indefensión y disuasores de la responsabilidad personal y ciudadana. ¿Cómo acompañar la búsqueda de caminos hacia la libertad en una situación tan peculiar como la nuestra?

2. UN PLAN PASTORAL PARA UN QUINQUENIO (1996-2000) QUE TIENE EN CUENTA SOBRE TODO AL HOMBRE

En Cuba vivimos el paso del segundo al tercer milenio como una inmensa y compleja transición. Como peregrinos entre dos situaciones y entre dos tiempos. Esta experiencia de estar entre dos aguas; algunos la viven sea añorando un pasado idealizado, sea evadiéndose en proyectos ilusorios. El vivir entre la ilusión de un futuro imaginario aterrador o inspirador, y las raíces de un pasado que nos da sentido o que nos frena, hace que el presente se cargue de tensiones que en ocasiones pueden producir angustia o desesperanza.

Y es que resulta difícil vivir los problemas del presente como experiencia transitoria. Nos cuesta trabajo desprendernos de un pasado caduco y abrazar un futuro aún desconocido. Cuesta percibir los signos de los tiempos, los auténticos signos del paso de Dios en nuestra historia, abrazarlos en medio de las inquietudes e interrogantes que comienzan a aparecer en lo íntimo de la persona y en la sociedad, en las estructuras sociales y políticas, así como en la Iglesia. Cuesta, pero intentamos compartir la suerte y el destino de nuestro pueblo, con los mismos sentimientos de Jesús, el Buen Pastor. Por eso en 1996 la Iglesia cubana diseñó un Plan Global de Pastoral a partir de las inquietudes y las expectativas de las comunidades cristianas. La meta que se propuso con ese Plan Global fue la siguiente: «Impulsar la Nueva Evangelización con la fuerza del Espíritu Santo, desde comunidades proféticas, participativas e inculturadas, para dar a conocer a Jesucristo, Evangelio del Padre, y así promover la dignidad humana, trabajar por la reconciliación y contribuir a la edificación de la civilización de la justicia.»

La Iglesia de Cuba intenta avanzar hacia ese objetivo, mediante el anuncio de la persona de Jesús, su mensaje; y para ello promueve la conciencia misionera de todos los cristianos, organiza con los laicos misiones periódicas (tres por año) yendo, literalmente, casa por casa con el anuncio de la buena noticia del Evangelio, intenta ofrecer un verdadero sentido a la vida

del cubano y procura celebrar la fe mediante liturgias vivas y dinámicas que ayuden a descubrir la acción de Dios en medio de nuestro pueblo, en el dolor reiterado y en el mismo sentimiento de impotencia de millones de cubanos.

Por otra parte, favorece la reconciliación nacional educando para el diálogo y propiciando caminos para su desarrollo, viviendo en la Liturgia y en la Catequesis la dimensión del perdón y la reconciliación, promoviendo –cuando se lo permiten– acciones en común con los diversos sectores socio-culturales cubanos, o potenciando –sobre todo– su dimensión servidora. Además, la Iglesia que peregrina en Cuba, acompaña procesos de liberación estimulando el profetismo, la participación y la inculturación en las comunidades cristianas de base. Motiva a los miembros de esas comunidades para que intenten releer la propia historia a la luz del evangelio y puedan así reconocer en ella la presencia de Dios. A la vez, apoya el estudio de la cultura cubana, de sus valores más significativos, para integrarlos en su acción pastoral. Con este fin, promueve también estilos y espacios de participación y de libertad de expresión que permitan a los cubanos decir su palabra sin correr excesivos riesgos.

En definitiva, la Iglesia cubana quiere promover de forma integral a todos los cubanos para que se hagan conscientes de su dignidad de Hijo de Dios, y asuman de este modo su responsabilidad en la construcción de una patria más justa y fraterna. Para ello, ayuda a desarrollar procesos de conocimiento personal y autoestima, promueve el conocimiento y el ejercicio de los deberes y derechos del hombre así como el respeto a lo distinto, y ayuda a que cada cubano se haga consciente de que es sujeto activo de la historia. Fomenta también la responsabilidad por medio de la solidaridad, la caridad y el servicio, favoreciendo el compromiso de la comunidad cristiana con las angustias y las esperanzas del pueblo, especialmente de los más pobres, de aquellos a los que les han secuestrado incluso la voz, despertando la conciencia solidaria de la comunidad para crear espacios de ayuda y promoción, vitalizando la acción de Caritas y de la comisión Justicia y Paz.

3. RETOS PARA LA PROMOCIÓN DEL HOMBRE Y SU LIBERTAD EN CUBA

Las transiciones no provocan necesariamente la pérdida de la capacidad de soñar. De hecho, toda transición, también la que estamos viviendo en Cuba en este paso del segundo al tercer milenio, purifica las expectativas de los proyectos personales y sociales. Y es que toda transición puede ser vivida con la misma intensidad con la que vivieron otros hombres y otras mujeres de fe en otros lugares y otros tiempos.

De hecho, después de cuarenta años de revolución marxista, todos los cubanos tienen una grave responsabilidad ante la realidad concreta que les toca vivir: «Ustedes son y deben ser los protagonistas de su propia historia personal y nacional», decía Juan Pablo II en su discurso al llegar a Cuba. Y dos días después, en la ciudad de Camagüey, repetía a los jóvenes: «La felicidad se alcanza desde el sacrificio. No busquen fuera lo que puedan encontrar dentro. No esperen de los otros lo que ustedes son capaces y estaban llamados a hacer y a ser. No dejen para mañana el construir una sociedad nueva, donde los sueños más nobles no se frustren y donde ustedes pueden ser los protagonistas de su historia».

Impulsados por estas palabras del Papa, los católicos cubanos entienden que toda persona tiene, por derecho propio, una cuota de libertad y responsabilidad que compartir en la búsqueda del bien de su pueblo, y que ejercer ese derecho y cumplir con ese deber cívico es una obligación grave para cada cubano y un compromiso para todos ellos si de verdad quieren servir a su pueblo con fidelidad y sacrificio generoso. Al respecto les decía el Papa en un mensaje con motivo del primer aniversario de su histórica visita: «Asumir esta responsabilidad debe significar hoy para la Iglesia en Cuba poder profesar la fe en ámbitos públicos y reconocidos; ejercer la caridad de forma personal y social; educar las conciencias para la libertad, al servicio de todos los hombres, y estimular las iniciativas que puedan configurar una nueva sociedad. En ella los derechos fundamentales de la

persona humana y la justicia social encuentren por igual, sin menoscabo de unos en detrimento de otros, el necesario reconocimiento y una efectiva promoción institucional» (Juan Pablo II, 22 de enero, 1998).

Otro reto importante que tiene la Iglesia en Cuba es educar las conciencias para la libertad y el servicio, y esto implica respetar en cada persona lo que le es propio por naturaleza y lo que la gracia de Dios ha venido a redimir. Despertar las conciencias para que cada persona pueda asumir su responsabilidad ante sí mismo, ante su familia y, ante la sociedad. La educación de las conciencias en la libertad y para la libertad, que es la verdadera educación, es un derecho de toda persona y de cada familia, un derecho de la Iglesia y, además, un deber inseparable de su misión evangelizadora. «La Iglesia tiene el deber de dar una formación moral, cívica y religiosa, que ayude a los jóvenes cubanos a crecer en los valores humanos y cristianos, sin miedo y la perseverancia de una obra educativa que necesita el tiempo, los medios y las instituciones que son propicios de esa siembra de virtud y espiritualidad para bien de la Iglesia y la nación.» (Juan Pablo II, homilía en Camagüey).

También siente como reto la Iglesia cubana la necesidad de estimular las iniciativas que puedan configurar una nueva sociedad; y esto significa que, como Iglesia que peregrina en Cuba, debe animar a todos los ciudadanos, independientemente de su credo u opción política, de su raza o de su procedencia, a dar su aporte cívico de modo que, en el concierto de las diversas opiniones y contribuciones éticamente aceptables sean «capaces de crear un ambiente de mayor libertad y pluralismo, con la certeza de que Dios los ama intensamente y permanece fiel a sus promesas» (Juan Pablo II, discurso de despedida, 25 de enero, 1998).

Ayudar a crear ese clima de nuevos valores, de una espiritualidad profunda y de compromiso social, no está en contradicción ni con la misión de la Iglesia ni con el carácter laico del Estado, sino que, más bien está en coherencia con la búsqueda del Reino de Dios y su justicia, con los que se irá configurando una nueva sociedad en esta patria.

Como se puede ver por lo dicho más arriba, la opción de la Iglesia cubana es por el hombre y su dignidad, por las comunidades cristianas de base y su inserción en los sectores más empobrecidos. Nadie puede negar a esta Iglesia su clara apuesta a favor de la libertad del pueblo. La formación de líderes laicos con mentalidad de diálogo, las diversas publicaciones periódicas que contra el deseo explícito del gobierno mantiene desde hace años como espacios de libertad de opinión, la multiplicación de casas de oración en viviendas particulares, las cartas pastorales más significativas de los obispos («El amor todo lo espera» de 1993 y «Un cielo nuevo y una tierra nueva» del mes de enero del año 2000), la misma lucha que mantiene desde hace ya ocho años para que se le permita desarrollar una acción caritativa directa a través de las Caritas diocesanas, son otras tantas pruebas de esta apuesta por la libertad y por el servicio integral del cubano.

La Iglesia cubana entiende que el mensaje que pretende dar es de compromiso y esperanza, de acción o de optimismo, de lucha paciente y de formación constante, de cada uno de sus miembros (laicos, ministros ordenados y religiosos) con la suerte de todo el pueblo, de un análisis profundo de la realidad y de una pedagogía liberadora. Sabe que no hay libertad verdadera que no pase por el misterio de la encarnación y por la experiencia de la cruz. Y, además, sabe que siempre tendrá una tentación permanente: considerarse «alternativa de poder». Si se deja arrastrar por esta tentación estaría de nuevo cortando las alas al sueño de libertad; de nuevo se estaría traicionando la utopía, la pequeña utopía de un pueblo que hoy sueña y espera, desde comunidades proféticas, participativas e inculturadas, escuchar la voz de sus pastores.